

que á los suyos son intolerables, como quiera que habrían de ser al contrario; porque la paciencia, aunque sea necesaria para con todos, mucho más para con los domésticos. La cura deste vicio es una perseverante oracion en la presencia de Dios. Digo perseverante, porque la ira humana provoca la divina, por lo cual el iracundo no merece así presto ser oído, pero debe tanto llamar á la puerta hasta que le cumplan su deseo. Ayudará también á la oracion que hiciere con buenas consideraciones, como será pensar en la brutalidad de aqueste vicio, el cual de hombre transforma en bestia, y agora le enciende en llamas y le turba todo el rostro, agora le torna amarillo como cera, que es la peor ira; á tiempos le hace mudo, á tiempos le saca la lengua de todo tino. En suma, corazon, ojos, labios, manos y piés, y todo el hombre conturba de tal modo, que á mirarse á aquella sazón en un espejo, no sería menester otro medio para aborrescer este vicio y trabajar por emendarnos dél, siquiera por salir de la servidumbre de un furioso tirano, que nos despoja del sosiego y paz del alma; nos priva de la razon, en que somos semejantes á Dios; de la mansedumbre, por la cual especialmente somos sus hijos; de la benignidad y blandura exterior del gesto, por la cual somos hombres, y de hombres nos vuelve en fieras con la braveza, así exterior como interior, en que nos pone; y es de notar que la ira tiene grados. El primero es cuando el apetito de la venganza es solamente interior. El segundo, cuando ya sale afuera, y se publica con algun desden ó mofa ó bufido exterior. El tercero, cuando procede en alguna palabra injuriosa contra el prójimo, como serian llamarse necio, judío, cevil, bellaco y semejantes otros oprobios y denuestos, y no me da más que los digan con la lengua, que los signifiquen con alguna señal, como dando una higa ó haciendo una O con los dedos en el pecho siniestro. El último, cuando la iracundia hace poner las manos en la persona con quien está el hombre airado. En todos estos casos, cuando la venganza que se desea es injusta, es pecado mortal. Digo injusta, ó porque el prójimo no la merece, como desearle la muerte no habiendo hecho por qué, ó porque, dado que la merezca, el ejecutor no ha de ser persona privada, ó porque, puesto que es oficial público, no desea ni ejecuta la venganza con respecto de la justicia, sino por satisfacer á la mala voluntad que tiene; pero será venial en tres casos, que se excusa de mortal. El uno es cuando el mal que se desea al prójimo con la ira es liviano, como si enojado con algun muchacho, le diese un repelón; el otro, cuando el ímpetu de la ira fué tan súbito, que no se pudo fácilmente refrenar, no embargante que hubiese alguna negligencia en tirar la rienda, ó por la mala costumbre, ó por el descuido que los cristianos tienen en estar sobre el aviso, dándose sofrenadas y gobernando la furia de su apetito. Y los padres con los hijos, los señores con los criados, y en general los superiores con los inferiores, no pecan mortalmente en este vicio, salvo si la pugnacion fuese notablemente excesiva, ó si al modo de se airar desordenadamente, se consiguiese alguna blasfemia consentida y deliberada. Cumple luego buscar los remedios oportunos, como es proponer á menudo de no se dejar tras-

portar de la cólera, ántes soportar cualquier injuria ó desabrimiento, y áun esforzarse alguna vez á pedir Perdon á quien le ha ofendido, y acordarse, sobre todo, continuamente de la muerte, á la cual, quien con tal vicio llegáre, será á otra eterna, por el demonio que en esta vida le venció, llevado, do á mal de su grado le harán sufrir, no sólo palabrillas y pequeños desdenes, sino terribles injurias y gravísimos tormentos, y será la impaciencia perdurable y sin remedio, porque cuando hubo tiempo no se pusieron los que habia, entre los cuales no es el menor considerar el sufrimiento incomparable de Dios, así con los otros que cada día le hacen millones de ofensas, como con nosotros mismos, que siendo los que somos, nos disimula, calla, sufre, sustenta, provee con infinita paciencia y mansedumbre. Mas sobre todo remedio, la meditacion de Cristo crucificado apaga las inflamaciones de la ira, como al fin de este tratado más largo dirémos. Y entónces te podrás juzgar victorioso de aqueste adversario, cuando creerás firmemente que toda adversidad, de cualquiera parte que venga, te ha sido de Dios procurada, ó para castigo de lo pasado, ó para te humillar en lo presente, ó para preservarte en lo futuro; en fin, para medicina del alma y renovacion de la consciencia. ¿Y quién no sufrirá pacientemente la mano de tan buen padre? Quién se quejará de tan amoroso médico? ¿Quién se enojará cuando Dios le trata como á sus amigos, á sus queridos, á sus regalados? ¿A quién le pesará de padecer por compadecerse con Cristo, para ser juntamente con Cristo glorificado? Ciertamente á solo aquel que deste vicio fuere captivo, del cual captiverio quien hobiere alcanzado victoria, terná prontitud en amar al enemigo como si jamas ofendido le hubiese, ni se turbará viviendo en compañía de personas ásperas, ántes las soportará con ánimo tranquilo, aunque á tuerto le ofendiesen, conociendo que son ministros de la justicia de Dios, y loando la gracia del que por su infinita misericordia le dió la virtud de la invencible paciencia.

CAPÍTULO VIII.

De la acidia.

Acidia en su propia significacion quiere decir tristeza; mas porque triste y perezoso son tan hermanos, que por maravilla se aparta el uno del otro, al fastidio y pereza que á los tristes se consigue, llamamos acidia, dando el nombre de la causa al efecto, como en otras muchas cosas acontece. Así que, primeramente conviene saber que en la parte irascible, allende de la ira, fundada en el humor colérico, hay otra pasion de tristeza, fundada en el humor melancólico; la cual, no siendo de sí buena ni mala, se hace ó buena ó mala, segun que es obediente ó rebelde á la razon; y si no fuere regida con moderado freno, conduce el alma á desesperacion, vicio sobre todos los otros peligroso. Luego cuando el pavor, ó de la muerte ó del infierno, ó de no poder arribar á la virtud (que con estos y semejantes miedos este vicio nos saltea); digo que cuando cualquiera tristeza ó temor de que ella nasce nos acometiere, es menester salir valientemente al encuentro; porque quanto más nos acobardáremos y apocáremos, tanto se hará

más gallarda la pasion; pero es de notar que hay dos maneras de tristeza. La primera nasce de mala costumbre ó de mala voluntad, como algunos se entristecen de no se poder vengar, ó alcanzar alguna otra cosa que viciosamente desean y desta; dijo san Pablo: «La tristeza del siglo obra muerte.» La segunda nasce de la memoria del pecado y de haber ofendido á Dios, y desta dijo el mismo apóstol: «La tristeza que tomamos, segun Dios, obra penitencia y acarrea firme y perdurable salud; y ésta en ningun bueno nunca jamas falta, ó por las culpas propias suyas, ó por las culpas ajenas.» Destos dos linajes de tristezas, quanto es la primera viciosa, tanto es loable la segunda; porque, como aquella ciega la razon y corta la esperanza del perdon, así esta otra trae consigo luz y confianza de la divina misericordia. Mas áun aquí es mayor el peligro de la melancolia y pusilanimidad; porque, como el motivo sea justo, paréscele al melancólico que tristeza de pecados no ha de tener medio, pues es extremado aquel contra quien ellos se hicieron, y así el demonio con el medio le quita el remedio, haciéndole declinar á los extremos, unas veces por cualquiera cosita á lágrimas y tristeza excesiva; otras veces, por huir de esto, á risa liviana y ligera disolucion, en que conocerás, ó por la mucha pesadumbre, ó por la mucha ligereza, que eres prisionero de aqueste vicio. Y cuando el exceso mezclado de abatimiento y liviandad te hiciere caer en la cuenta desto, no cargues la culpa á la naturaleza inocente, la cual esta y otra cualquier pasion plantó en tí para ejercicio de la virtud; mas loa á tu Criador, que tal te hizo para te coronar por la victoria de tí mismo. Quanto más, que si tu natural te induce de una parte al mal, de otra te dará ocasion de muchos bienes. Lo primero, el melancólico desprecia fiestas, aparatos y pomposas vestiduras, de do vienen infinitos inconvenientes. Allende desto, es inclinado á piedad por ser de corazon tímido, y así tiene materia de se ejercitar en obras pías y meditar la pasion de Cristo, y llorar sus pecados y los del prójimo. Despues no se fatiga de perseverar en soledad, la cual, debidamente frecuentada, páre la quietud del alma, y apartando el hombre del desasosiego de la compañía, le aparea para el reposo y paz de la vida contemplativa. De suerte que queriendo bien emplear aquesta inclinacion, no sólo la sanarias donde algun mal te transportase, mas sacarias della mucha ganancia con la buena diligencia y granjeria. Y porque la enfermedad no conocida no se puede curar, has de saber que una suerte de tristeza procede de la mala costumbre que de entristecernos por toda cosa á nuestro apetito contraria hemos contraído. Sabida, pues, la causa de aquésta, esfuerzate, por contraria costumbre, á soportar toda cosa adversa, hasta tanto que vengas á padecer voluntariosamente. Una otra tristeza es más difícil de curar, en la cual cayendo el hombre, y viendo la causa, desea emendarse; pero si de nuevo recae, la tristeza se dobla, y con un pecado se acrecienta otro. Mas en tal caso, revolviéndose el hombre á Dios, no es imposible la cura. La tercera tristeza es casi incurable, de los que estando profundamente tristes, no saben por qué lo están, y si con alguna razon quieres persuadirles que se consuelen, mucho más se entristecen, porque el de-

monio les ha hecho entender que les es natural, y así se apodera dellos con mayor facilidad. Mas si cesaren de aquesta falsa imaginacion, y recurrieren con instancia y vigilancia á Dios, quitarán de sí aqueste beleño; y no te maravilles que para cada vicio te encomiendo particularmente la oracion; porque sin duda todos los otros remedios valen nada sin ella, y ella vale algo sin los otros. Es aqueste demonio de tanta malignidad y presuncion, que se desdeña á las veces de nos tentar en cosas pequeñas, ántes por la mayor parte procura de inducir á desconfianza de poder llegar al colmo de la perfeccion, donde el ánimo se envilece y resfria con el desmayo fingido, y áun hartas veces pone cobardia en aquellos, los cuales serian para mucho si se esforzasen.

CAPÍTULO IX.

De los remedios contra la acidia.

Por manera que es necesario cuidado y diligencia para curar esta llaga. Y dejando aquellos que por abundancia de humor melancólico son tristes, porque la cura de éstos conviene más al médico corporal, y el hombre cuerdo no les habia de oír la confesion de las dolencias del alma, sin que primero le hubiesen purgado con consejo del físico del cuerpo; digo que si tienes el alma enferma de tristeza, principalmente debes mirar si estás en mal estado, porque sin falta el alma sin Dios y sin virtud, naturalmente se atristan, faltándole todo su bien, mayormente cuando, pasado ya el deleite transitorio de la carne, siente el espíritu la llaga que el pecado dejó hecha; y para esto, singular medicina es el sacramento de la penitencia, que descarga el peso que daba el pesar y tristeza al corazon; pero si la enfermedad nasce de ocio, ó es causada por secreta sugestion del enemigo, el remedio es ocuparse en algun ejercicio conveniente, y por virtud desto y de la oracion, fácilmente alcanzaremos salud. Mas si tienes uso de te entristecer por las cosas adversas que cada día en la vida presente ocurren, sabe que la raíz de tu mal es, porque siendo muy amigo de tus antojos, querrias siempre las cosas se hiciesen á tu sabor, y así sería buen medio proponer continuamente de romper tu propia voluntad y seguir siempre el parecer ajeno; porque, como quien desea hacer á su modo, conviene que muchas veces se entristezca, así quien sojuzga su propio querer vive siempre en alegría. No sería mal consejo someter tu voluntad á la de otro, que no te dejase obrar conforme á tu contentamiento, el cual, en tanto que lo procurares en la tierra, sé cierto que no lo hallarás. Muchos, queriendo guarescer desta enfermedad, buscan diversos pasatiempos y recreaciones, los cuales no solamente no mejoran, mas siempre empeoran, porque durando poco semejantes solaces, dejan al alma más fastidiosa que primero, permitiendo Dios que las criaturas, do pensaron hallar consuelo, acrecienta lá congoja que solian tener. Do, por el contrario, convendría buscar el consuelo de solo Dios, acordándonos de aquella admirable sentencia: *Delicata est divina consolatio, et non datur admittentibus alienam*. El siervo de Jesucristo, contento está sin contentamiento, y no sólo sufre las adversidades con paciencia, mas áun las desea; y áun

más te digo: que venidas, se baña en ellas como en agua rosada, y la tribulación le consuela más que la prosperidad, el dolor le regocija más que el mismo gozo, y milagrosamente las tristezas se le convierten en alegría, lo cual sólo aquel sabría entender que lo ha gustado; pero créalo en tanto, quien se le hace duro de creer, por la experiencia de los santos. David, considerando que las tribulaciones eran castigos de Dios, teniendo ojo á la mano de venian, dice: *Judicia tua jucunda*. Job, entendiendo el provecho que los gusanos le hacian, dice: *Putredini dixi; pater meus es tu, mater mea et soror mea, vermitibus*. San Pablo, viendo que las fatigas presentes son prenda del descanso venidero, y favores que Dios siempre ha hecho á los que ha querido hacer semejantes á su unigénito Hijo, dice: *Superabundo gaudio in omni tribulatione nostra*. Ni más ni menos, si tú creyeres firmemente toda adversidad serte dada de Dios para tu salvacion, rendirle has más gracias por lo adverso que por lo próspero; pues en esto se perdieron muchos, y en aquello pocos ó ninguno. Y es de saber que la acidia es pecado mortal en tres casos. Primeramente en unos hombres á quien el hábito de pecar les ha hecho aborrecibles las cosas divinas, y cuando se hallan tan lejos del padre y patria celestial, se entristecen oyendo ó pensando que hay en la otra vida felicidad eterna para los virtuosos, ó se amohinan de ver personas santas, para quien Dios tiene su gloria aparejada; que en estos tales reina el fino vicio de la acidia, simiente del odio que los condenados tienen, así á Dios como á sus hijos adoptados para la herencia del cielo. Tambien es mortal cuando el hombre se entristece de las obras necesarias á su salvacion, como de verse obligado á ser casto ó justo, ó de no se poder vengar de alguna injuria que ha recibido. Lo tercero, cuando la tristeza le fuese causa de olvidar ó dejar de cumplir algun precepto de Dios ó de la Iglesia, como acaesce en algunos tristes, que, caidas las alas del corazon, se olvidan, descuidan ó emperezan en cosas á que son obligados, so pena de pecado mortal; pero si la tristeza no es consentida ni deliberada, aunque sea en cosas cuales acabamos de decir, no será más que venial; y tambien cuando es de otras no necesarias á la salud, como sería entristecerse de dar limosna ó de hablar verdad, cuando no hay obligacion para ello. Y así lo sería el exceso de cuitarse mucho en las adversidades, con tal que la voluntad estuviere determinada á no ofender á Dios, el cual no se ofende mortalmente por estas pequeñas tristezas que hemos dicho; mas, en fin, le cae en no sé qué desgracia el siervo que le sirve con mohindad, porque, como dice san Pablo: *Hilarem datorem diligit Deus*.

CAPÍTULO X.

De la pereza.

La pereza, como ya dijimos, algunas veces se funda en tristeza y melancolía; otras, pero, en humor flemático. Mas ahora nazca de aquí, ora de otra parte, no es vicio menos dañoso que el de que en el capítulo pasado hablamos. Son ambos igualmente poco conocidos y malos de remediar, y así conviene abrir los ojos si queremos ser victoriosos dellos. La pereza de su natu-

raleza es tardía y pesada, y el demonio que della tienta, no hace sus saltos peligrosos al principio de la obra, sino al medio, porque no se lleve á debido fin. Y si no la puede impedir, llama en su socorro al espíritu de la vanagloria, por amancillar de soberbia al que no ha podido de pereza. Y así aquestos dos demonios se dan la mano el uno al otro, no embargante que al parecer tienen fines contrarios, el uno de levantar, el otro de derribar. Pero ya vemos que el artero luchador solivia á las veces al contrario para le hacer dar mayor caída, y otras para echar más alta una piedra la solemos abajar. Nasce, pues, en algunos este vicio, ó de complexion flemática, ó de débil y tímido corazon, ó ciertamente de alguna flaqueza ó enfermedad del cuerpo, que hace al alma perezosa en bien obrar. Tambien, sin estas ocasiones corporales, nasce en la misma alma ó de poca capacidad, ó de poca experiencia, ó de poca esperanza de alcanzar aquello que desea, y aún á vueltas de no hacer muchos y valientes propósitos, y aún de ser el hombre ademas voluntarioso, queriendo proceder delante su guía, y acabar primero que comience la obra. Mas cuanto á las causas exteriores, puede proceder del ocio y de las compañías, ayudando á ello la tentacion del demonio, cuyo oficio es, ya que no puede atraernos al mal, estorbarnos y retraernos el bien. Do quiera que tenga su nacimiento, es necesario combatirlo con ánimo varonil, y por ningun accidente desmayar, pues la gracia es sobre las fuerzas de la naturaleza y del demonio; ni es imposible, por más flacos que seamos, que tratando fielmente con el pequeño caudal á nosotros concedido, podamos igualar en mérito á aquellos que son más fuertes que nosotros. Como la viuda evangélica más agradó á Dios con dos cornadillos, que los ricos con sus ofrendas, mayores en cantidad, pero menores en voluntad, y por consiguiente, en merecimiento; porque nuestro Señor no tanto mide las fuerzas, quanto el deseo; ántes en la casa de Dios deseo sin fuerzas vale mucho, fuerzas sin deseo valen nada. Así que, conviene hacer generalmente resistencia á todo vicio, porque todos conducen á pésimo fin y trasforman al hombre en bestia, mas en especial á la pereza, cuyo beleño todas las buenas obras mortifica, y no las deja llegar á perfeccion; en contrario, cumple abrazarnos de continuo con la perseverancia, tomando una santa porfia y loable teson en llevar adelante el bien que hubiéremos comenzado. Y pues este maligno es tan importuno, que en todo lugar, tiempo y obras nos pone cerco, debemos tambien nosotros con firme propósito resistirle, tanto con mayor diligencia, quanto á hacer nido en nuestras almas, sacará pollos más pestilenciales, como son: sospechas, juicios temerarios, murmuraciones, detracciones y otros pecados sin número; porque el ocio no puede jamas estar en ocio, ántes quanto menos se ejercita en el bien, tanto más se precia en el mal. El ocio arruina al alma, empobrece el cuerpo, hace al hombre lisonjero, parlero, novelero. El ocio, en fin, engendra á la pereza, enemiga de todo virtuoso ejercicio. Desta viene la tibieza, la cual nos adormesce y sepulta en una nescia confianza de nuestra salud, fundada sobre falso en la piedad divina. De allí, alejados del rigor y aspereza de la virtud, nos

trasporta á pasatiempos exteriores, haciéndonos deeseos que pase el tiempo, como si él no pasase más apriesa que á los flojos les sería menester; y venido el cristiano á este punto, las más de las veces es incurable, no porque absolutamente Dios no pueda, sino porque la gran dificultad llamamos, conforme á las divinas escrituras, imposibilidad. «Pluguiese á Dios, dice san Juan, en el *Apocalipsi*, que fueses ó callente ó frio; mas porque eres tibio, yo te vomitaré de la mi boca.» Do se muestra sanar más dificultosamente el tibio que el frio; porque siéndolo y no conociéndolo, no se procura el remedio, y así la frialdad es insanable. Nasce de la pereza un otro vicio, llamado apostasia, porque como el religioso arrepentido de la promesa hecha, y vuelto al siglo, se llama apóstata, así aquel que en la vida de Dios se atibia y vuelve atras, resfriándose de su primer propósito y fervor, justamente merese el mismo nombre; cuya obra conocerás en tí, si en el tiempo pasado tu deseo era ardiente, y ahora se ha resfriado y piensas no ser necesario tanto hervor. Mira tambien si te sientes tentado de la fe, y te huelgas de la poner en disputa y de conversar con gente tibía, y por el contrario, los varones de espíritu ferviente no te son apacibles, ántes te parecen pesados é indiscretos; que tales son las señales de apostasia y apartamiento de Jesucristo, á la cual no se viene en un momento, mas poco á poco y de grado en grado. Por lo cual, segun el aviso ya otras veces repetido, es menester esquivarse los hombres de las culpas pequeñas, si no quieren venir á las grandes, y de aquéstas á las grandísimas, encadenándose el alma en la cadena y costumbre del pecar, la cual, quanto más cresce, tanto menos se conoce; porque de dia en dia al gusanillo de la consciencia se le gastan los dientes, y aún se le vienen á caer ó á lo ménos, de cansado, deja de roer; si muere, hácelo tan lentamente, que no hace sentimiento, y al fin es como centella de fuego, que cuan presto levantada, tan pronto apagada, y ésta es la peor señal que puede ser de una consciencia rota, que ado con mucha y continua amargura habiamos de hacer memoria de las ofensas hechas á Dios, las hacemos sin las echar de ver. Y las inspiraciones divinas, que habian de ser truenos para nos despertar, son murmullo para nos adormecer. Aqueste discurso he hecho para que ninguno se deje prender de la pereza, ántes ponga toda su fuerza para la sacudir de sí; porque, siendo de tantos vicios acompañada, venciendo á ella, con una batalla ganarás muchas coronas, venciendo juntamente á sus compañeros.

CAPÍTULO XI.

De los remedios contra la pereza.

Y podrás vencerla á la hora que con una importuna violencia derramarás lágrimas de corazon, haciendo fuerza á la naturaleza, considerando que de todo tiempo inútilmente gastado has de dar estrecha cuenta; el cual te conviene restaurar con doblada fatiga, siendo de aquí adelante tanto más ferviente, quanto hasta aquí has sido más perezoso. Es tambien gran remedio sujetar tu voluntad á otros que guiarte sepan; porque no podrá ja-

mas echar de sí esta fiebre espiritual el que de su propia voluntad no hubiere salido vencedor. Bien sé que en nuestros tiempos se hallan pocas guías tales, que con su doctrina abran el camino, y con su ejemplo pongan espuelas á los flacos, y con su conversacion inflamen á los tibios, y con su vida animen á los mortescinos é negligentes; pero no te faltarán libros de santos, que te darán luz y fuego con que juntamente resplandezcas y ardas; entre los cuales es san Juan Casiano, san Bernardo, san Buenaventura, san Vicente, *De vita spirituali*; el *Contempus mundi*, que se intitula de Gerson. Es tambien singular libro el *De simplicitate vita cristiana*, de fray Hierónimo de Ferrara, y otro, que está escrito en lengua italiana, llamado *Espejo interior*, que por ser extremadamente provechoso, trabajaré que en breve se traslade en nuestra castellana. Estos, avivados y como acerados con las *Meditaciones* de san Agustin, podrás tener en lugar de maestros, y no temas que Dios te falte, si tú no te faltas á tí mismo. Y si quieres conocer cuándo la tu sanidad se acerca, guarda cómo la sujecion te deleita y cuán voluntariamente te ocupas en la meditacion de la muerte; la cual es maravilloso despertador de los soñolientos y perezosos; la cual á los infieles se representa con pena, á los fieles sin ella. Mira tambien cómo cresce en tí cada dia más el deseo de la perfeccion. Brevemente no podrás ser seguro de la salud en aquésta parte irascible, si primero no sanas la concupiscible, la cual es raíz de todas las pasiones. Por tanto, examínate cómo estás en todos los sentidos enteramente mortificado, que esta nuestra carne es una falsa raposa, y hácese muchas veces morticina, y tiene siete almas, segun el comun vulgar proverbio dice del gato. Y en conclusion, si sintieres que amas las tribulaciones quanto el vulgo comun de los cristianos las aborresce, á la hora serás cierto que has vencido al pecado de la pereza. ¡Oh dichoso tú cuando á tal estado llegares! Porque hallarás en el dolor alegría, en las penas gozo, en el displacer contentamiento, felicidad en las miserias, y todo bien en todo mal. Lector mio, no te baste leer aquestas cosas, mas toma las armas contra estas monstruosas fieras de tus propias pasiones; que éste es el único medio de la gloria tuya.

CAPÍTULO XII.

De la avaricia.

Resta agora enseñar en qué modo se pueda alcanzar victoria contra los vicios de la parte racional, que por ser en nosotros la superior, es principal raíz de que se mantiene la mala y buena disposicion de la parte sensitiva, de cuyos vicios arriba hemos hablado; y aunque no se funda en complexion y humores corporales, como esta otra, pero las inclinaciones del cuerpo muchas veces atraen á sí los apetitos del alma, y por la mayor parte, cada cual juzga de las cosas conforme á cómo es inclinado á ellas; y habido respecto á que ordinariamente nos dejamos llevar de nuestra condicion, bien pudo decir el otro: «Tal es cada uno cual su inclinacion»; como quiera que habia de ser al reves, que la señora no se ha de regir por la sierva, sino poco á

poco hacerla á sus mañas y modo, como á labradora que entra en casa de algun señor; pero mal podrá templar el destemplado, y si la racional vive sin razon, no podrá poner en ella á la sensitiva; por la cual conviene tener suma solicitud en que esta nuestra porcion superior sea en sí muy regida y gobernada, sujetándose á Dios, para que sujete ella tambien á su inferior. Luego ante todos los otros vicios de la voluntad, el primero que se nos ofrece es el de la avaricia, el cual no es á los hombres connatural, como los pasados de la irascible y concupiscible, mas nasce de consciencia desordenada; porque, como buscar hacienda para suplir las verdaderas necesidades del cuerpo es acto de prudencia, así, por el contrario, procurar lo superfluo y apropiarse á sí mismo lo que habia de ser comun, contraviene á la discrecion humana y es manifiesta señal de rotura de la conciencia. Si los avaros no fuesen imprudentes, bien verian no ser la hacienda la que da contentamiento, pues vemos á muchos ricos siempre solícitos en adquirir, sin gozar de aquello que han adquirido, y por el contrario, vemos algunos pobres que con alegría continua comen eso poco que Dios les dió. El cual discurso si los hombres tuviesen, no tomarian tanto afán por alcanzar lo que despues de alcanzado no hace alegres á sus poseedores. Nasce tambien aqueste defecto de poca fe y confianza en Dios, que provee de todo lo necesario á buenos y malos, y áun á las ave-cillas del cielo, como dice el Evangelio. ¿Y piensa el hombre misero que le ha de faltar el agua, que á las bestias sobra, como si el Señor de todos no tuviese más particular providencia y cuidado de mantener á sus siervos que á los pájaros del aire y peces de la mar y lagartijas de la tierra? Procede, allende desto, la avaricia de apetito desconcertado, que sin mirar por qué ni cómo, desea las riquezas sin tasa, no se poniendo límite ni término en el desear conforme á las necesidades ordinarias de la vida, para tener una competente pasada en tanto que duráremos en ella; y áun la raíz principal en los más suele ser la soberbia, que hace cobdiciar sin medida las riquezas, porque desmedidamente cobdicia la propia excelencia y ventaja sobre los otros, donde proviene que la competencia en el valer hace á porfía competencia en el tener; no se quita por eso que no pueda haber diferentes estados en el mundo, conviene á saber, pobres y ricos; mas quitase la escaseza y la insaciable cobdicia del dinero, la cual al presente reina en la mayor parte de los hombres, que andan hoy día tan atentos á esto como si otra felicidad no se hallase. De aquesto los padres amonestan á los hijos, y de la tierna niñez los hacen idólatras del oro; de aquesto son las comunes pláticas de los maridos con sus mujeres, en esto afanan los días, en esto se desvelan las noches; y en fin, como aquí tienen su tesoro, aquí tienen su corazón. Muchos, con todo, se excusan so color de no venir en necesidad y no caer en alguna gran miseria, y no advierten que la continua congoja es miseria doblada, y que la avaricia hace á los hombres sumamente miserables. ¿Cuál de las dos cosas, te pregunto, es más molesta, contentarnos con día y vito, como dice san Pablo, ó padecer cotidianos tormentos y congojas intolerables

por acrescentar sin ningun fin los bienes que poseemos? Y no los poseemos, pues somos esclavos de ellos, y ellos nuestra cadena. Dirásme: «No quiero yo más que día y vito, pero temo que no me falte.» ¡Oh miserable pecador! ¿temes que te falte la hacienda, y no temes que te falte la vida? ¿Miras que no se disminuya el patrimonio, y no miras que tu sér se disminuye? ¿Por qué razon, con qué seguridad te prometes más días á tí que á tus dineros? ¿Y has miedo de perder el oro y no perder el moro, que moro te puedo llamar, pues te falta la fe del Evangelio? Apacienta Dios á Elias en un yermo con el ministerio de los cuervos, á Daniel en el lago con la comida de Habacuc, á los ciervos y conejos en los campos, á los gorriones en el aire, y ¿crees tú que dando en abundancia de comer á las criaturas irracionales, que al hombre, al cristiano, al siervo de Jesucristo, á quien Dios ama tanto, que le da su cuerpo y sangre; imaginas, digo, que le ha de faltar la sustentacion? Salvo si no piensas que Jesucristo no mantiene á quien mantiene á él, esto es, á sus pobres; salvo si no crees que negará lo temporal á quien comunica lo eterno. No hay luego que temer las sombras de las necesidades por venir; no hay que pretender más excusas para cubrir tu avaricia; conoce la verdad y siente que eres siervo de la pecunia. Dicen otros: «Menester es atesorar para los hijos, segun la doctrina del Apóstol, y cosa justa es poner cada cual á sus descendientes en estado, y tener respeto á su persona y condicion»; los cuales van muy fuera de camino, porque convenia que un rey que tuviese diez hijos, tuviese tambien diez reinos, para dejar á cada uno tanto cuanto á él le dejó su padre. Necesario es, dices, tener cuidado de los hijos; es verdad, pero como lo tuvo aquella viuda que, siendo madre, no prepuso los hijos al pobre Elias. De poco le dió parte, y dióle en hambre, y en hambre de hijos; mas no se les quitó lo que se dió á pobres, ántes con una pequeña limosna desterrando la avaricia, desterró la necesidad. Muchos hijos te espantan, pecados de muchos están á tu cargo, y con muchas limosnas los has de redimir. No te hagas tú solo padre de ellos; gánales al Padre celestial, y la herencia que les quieres guardar depositala en manos de Dios. Éste sea su tutor y su curador, y suceda en la hacienda con ellos, porque, como heredero principal, como hermano mayor, provea á los otros menores. Quanto más, que semejante disculpa es sofistica, porque si tienes gran número de hijos, yo te pido: cien ducados más ó menos ¿qué les podrán hacer ni deshacer, repartidos entre tantos? Y si tú no osas sacar estos ciento del monton, argumento es claro que no es la causa los hijos, sino la mezquindad. ¡Oh cuántos por dejar ricos á sus herederos se van al infierno! ¡Oh cuántos pasan miseria en sus mismas personas por allegar para quien en un mes juega lo que el padre ganó en diez años! ¡Oh cuántos se dan mala vida para que con sus trabajos, no agradecidos, otros la tengan buena! Gran locura es por cierto, aunque no hubiese leyes humanas ni divinas, perder tú el sueño por quien dormirás á pierna tendida, y ayunar tú para quien será gloton, guardar para quien derramará, echar la hiel para quien le pesa que se te alargue la vida, que le es estorbo para que no goce de tu hacienda.

da. Algunos tambien dicen que tienen mucha gana de tener por hacer bien á muchos, y es grande engaño, que éstos son los que despues más se olvidan. Así que, ninguna color hay buena para desear riquezas, porque es un apetito que no se apaga con tenerlas, ántes se enciende más; es fuego que nunca se harta por más leña que le echas; es tierra que no se satisface por más cuerpos que sepultes en ella; es mar que ningunos rios la hinchen; es infierno que con ningun número de almas se contenta; es hidropesía que ninguna agua la amata la sed; finalmente, es perro rabioso, que crece más la rabia cuanto más lo cebas, y el mejor medio es ó atarle ó matarle. Grandísima es la ceguedad deste pecado, aborrecible á Dios y á los hombres. ¿No entenderia el avariento que la hambre de tener no está en el arca, sino en el alma? Y si así es (como lo es), mal podria matar la hambre del alma con la plata que se cierra en el arca, y no solamente ciega los ojos del alma, mas áun cierra las orejas para no oír los clamores de los pobres, y áun los ojos corporales aparta que no los miren, y si alguna vez los mira, endurece tanto el corazón, que no hace más sentimiento en él la miseria del pobre que si fuese de piedra. Hace este vicio á los hombres inhumanos y crueles, sin respeto á naturaleza, ni amistad, ni deudo, ni conversacion, ni consciencia, ni ley humana ni divina. Es padre de la envidia, cebo de la soberbia, principal origen de la injusticia, de las fraudes, de los robos; en fin, como san Pablo afirma, de todos los males. Es el lazo y red con que el demonio más ata y enreda las almas. Es pecado á quien el Apóstol llamó con gran razon idolatría, porque hace al avariento que tenga por su ídolo al dinero; á éste busca, á éste adora, á éste sirve, éste pone sobre su cabeza. Oh! pues el desasosiego que trae en la consciencia es un mar Océano, con ordinarias crecientes y decrecientes y con olas continuas, que siempre combaten el corazón. Allende desto, apoca el ánimo del hombre, envilesece, estrechale, abátele; ni le deja honra, ni sér, ni ningun pensamiento alto; déjale tal cual es el topo, que siempre escarva en tierra, y della se mantiene; amigo de tinieblas, enemigo de toda buena comunicacion, porque la compañía no le necesite á gastar, y la soledad le ahorre de todo gasto. Qué diré de los efectos deste vicio? ¿qué diré de tí, avaro captivo? Señor pareces, y eres siervo; parece que mandas, y eres esclavo; la honra que este tirano te hace es, que la cadena con que te aherroja no es de hierro, sino de oro. Una cosa á lo ménos ten por cierta: que no podrás juntamente servir á Dios y á la hacienda; porque, como dice el Evangelio, son dos señores contrarios: el uno dice: da á los necesitados; el otro, no les des; el uno abre la bolsa, el otro la cierra; el uno manda: sed piadoso; el otro, sed duro. En conclusion, avaricia y cristiandad no caben en un vaso, ni halló yo vicio más repugnante á la ley cristiana, la cual es ley de caridad y misericordia. Hanse avariento y cristiano como lobo y oveja, que aquel no da, ántes quita; ésta no quita á nadie lo ajeno, y da á todos, áun hasta la vestidura de lana que le sale de las entrañas. Mas te hago saber que por más ánsia que tengas de ser virtuoso, no aprovecharás cosa si amas

el tener. Un mancebo en el Evangelio dejó de seguir á Cristo por ser aficionado de sus posesiones; y con haber guardado los mandamientos, y con estar muy deseoso de entrar en la escuela del Evangelio, pudo tirar más la afición á la pecunia, que la buena habilidad y disposicion que tenia para la virtud; y así nuestro Redentor, movido á piedad, exclamó diciendo: «¡Oh cuán dificultosamente los aficionados al dinero entrarán en el reino de los cielos!» Por tanto, conviene con toda diligencia curar este monstruoso vicio, y no lo curas si primero no lo descubres, y descubrirlo has por estas señales. El avariento está siempre congojado y con temor que le ha de faltar, ordinariamente habla de hacienda y granjería, muchas veces vuelve á contar su dinero, fácilmente juzga á los otros por desperdiciados y gastadores, sospecha que sus hijos y criados le son infieles, de nadie se fia, salvo de la llave, de todos teme y se guarda. Cuando se hace algun gasto en su casa, por pequeño que sea, lo riñe y murmura; si le es necesario dar qualche cosa, dala de mala gana. Vánsele los ojos tras el oro y plata. Estas y otras señales semejantes si tú vieres en tí mismo, sabe que estás encadenado en la avaricia, y si no procuras de quebrar la cadena y salir con tiempo de la prision, irrecuperablemente serás de día en día sojuzgado de la cobdicia, porque esta llaga, cuanto más se llega á la vejez, tanto más se renueva, y aumentase su vigor cuando más faltan las fuerzas al cuerpo. ¡Oh maldito apetito, que á la hora eres más ardiente en que ménos hay la necesidad, y entónces cresces cuando la vida está mas al cabo! Y acontece muchas veces que este mal reina más tiránicamente en los eclesiásticos y religiosos, que más habian de despreciar al haber de este mundo; en los cuales este vicio, así como es inexcusable, es tambien por la mayor parte incurable, y hay en las religiones algun descuido en vencerlo, así porque no es infame, como porque á los principios no tienen en qué mostrarlo; pero andando el tiempo, dándoles algun cargo, allí se descubre la mala inclinacion, que nunca fué vencida, porque nunca fué combatida; y á mi parecer, es feísima cosa en tal linaje de personas este pecado; porque en pequeñas riquezas, y ésas ajenas, hacerse uno vil y escatimado es embeodarse de mal vino quien de su voluntad dejó otro bueno que pudiera beber; y aunque generalmente la avaricia deshace la nobleza y generosidad del ánimo, más en especial contraviene á un desprecio de las cosas terrenas, al cual las personas voluntariamente dedicadas á Dios y á la pobreza son tenidas; áun como las más veces este vicio se descubra en los cargos que se dan en los monesterios, hace á los perlados odiosos á los súbditos y que en su pensamiento los tengan en poco, porque naturalmente despreciamos á los miserables. Esles tambien causa de caer en muchas faltas, mayormente con los enfermos, que por no gastar con ellos, los dejan muchas veces mal pasar.

CAPÍTULO XIII.

De los remedios contra la avaricia.

Cumple, pues, hacer un corazón noble y liberal, para lo cual es buen remedio esforzarse á hacer limos-

nas, y vencerse á dar á aquellas personas de quien no se espera retorno. Despues hace al caso huir la compañía de los avaros, cuya conversacion hace semejantes á ellos. Mas sobre todo, lo que más desarraiga la avaricia es encender el alma en ardiente deseo de las cosas divinas, porque fácilmente se menosprecian las terrenas cuando se gustan las celestiales. Aprovechan tambien las consideraciones del bienaventurado san Juan Crisóstomo. La primera es de los antepasados ricos que se murieron sin se aprovechar de sus tesoros, y muchos dellos los dejaron á herederos ingratos y enemigos. La segunda, que los pecados cometidos en allegar hacienda, ninguno los pagará por nosotros. La tercera, cuán poco presta ganar todo el mundo, si nuestra alma padese detrimento. La cuarta, considerar aquel rico avariento en el infierno, que le faltó una gota de agua para refrescar la lengua, porque le faltó en la tierra liberalidad para dar refrigerio al menesteroso Lázaro. La quinta, mirar qué fin tuvo el miserable Júdas, de cuya perdicion la raíz fué la cobdicia. Es tambien útil para mitigar este fuego, llorar las culpas, porque como por el tiempo que uno llora á su hijo, no se acuerda de la hacienda, así el que de veras llora su pecado, con la memoria deste olvida las negociaciones y fatigas. Ni es de poca utilidad considerar que el rescate de la maldad es la liberalidad con los pobres, y que desta sola se ha de pedir expresa y señalada cuenta, más que de ninguna otra virtud, el día del juicio, segun que escribe san Mateo en el capítulo xxv. Y porque nuestro intento es enseñar tambien á los cristianos en qué casos los siete vicios son pecados mortales, has de saber que primeramente la avaricia es mortal cuando se opone á la justicia; esto es, cuando tiene una voluntad injusta de tomar ó retener lo ajeno, en lo cual pecan los ladrones, los usureros, los negociantes y mercaderes que en algo engañan á sus prójimos, ó dejan de restituir lo que deben, con cobdicia de la hacienda. Lo segundo es mortal cuando el deseo de tener es sin tasa ni medida; porque los tales que así desean, ciertamente toman la riqueza, no por medio, sino por fin, lo cual podrás conocer en los efectos, si la avaricia te hace traspasar la ley de Dios ó de la Iglesia. Lo tercero, en el caso en que la limosna es de obligacion, porque entónces, como la liberalidad está en precepto, la avaricia contraria es contra él, y por el consiguiente es mortal; y nota que segun la doctrina de los santos, el repartir los bienes temporales con los pobres es en dos casos necesario. El uno es cuando la necesidad es ó extremada ó muy grave, como es la de la vida, ó de la salud, ó del estado, ó de la honra. Que en semejantes accidentes no sufre la ley de buena amistad y hermandad no proveer al necesitado, en especial cuando lo puedes proveer á poca costa; en lo cual hoy día los hombres viven muy engañados, y algun día se parecerá; digo al tomar de las cuentas. El otro caso es cuando alguno posee dineros superfluos, y llámase superfluo lo que sobra despues de proveidas las ordinarias necesidades de la vida, conforme al estado y condicion de la persona. Donde por la mayor parte caen los ricos que entierran dineros y atesoran sin fin más para fines sombríos y soñados, y para necesidades no verdaderas, sino fantaseadas; é yo

no sabria limitar puntualmente el cuándo y cómo y cuánto, é á qué personas son obligados los ricos á proveer, ni les sabria dar mejor y más seguro remedio que el que san Pablo escribe á Timoteo, diciéndole: «A los ricos deste siglo mándales que no sean altivos ni hagan torres de viento, ni confien en la incertidumbre de sus riquezas, sino en Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia, á fin que gocemos dellas. Mándales que hagan bien, que sean fáciles en dar y comunicar sus posesiones y haciendas; mándales que se enriquezcan de buenas obras, y atesoren para fundar bien el edificio por venir, que han de tener por morada sempiterna; que no se asgan de las hojas ni abracen las sombras, sino la vida verdadera. Hazles saber que los que quieren en este siglo presente ser ricos, caen en la tentacion y lazo del diablo, y en varios deseos é inútiles y aun dañosos, que llevan á los hombres á muerte y perdicion; porque la raíz de todos los males es la cobdicia, por cuyo apetito algunos erraron el camino de la fe y se metieron en muchos dolores.» Esta doctrina admirable del Apóstol han de tener los cristianos por espejo de sus almas y freno de sus deseos desordenados, de los cuales á la hora conocerás ser victorioso; cuando con alegre ánimo sufrirás la pérdida de la hacienda, ó en todo ó en parte, y no sólo por huir los cuidados y solicitud della, mas por amor de la virtud, te deleitarás de ser pobre, y á imitacion de Jesucristo crucificado, desearás quedar sin ningun arrimo terrenal, aunque sea en un estiércol desechado, como el buen Job, el cual no tuvo pena en perder las riquezas, porque no tuvo gozo en poseerlas.

CAPÍTULO XIV.

De la soberbia.

La soberbia es apetito desordenado de la propia excelencia, y en las honras se llama ambicion, en las alabanzas y gloria de los hombres se dice vanagloria, en la excesiva confianza de sí mismo se nombra presuncion, en las palabras grandiosas solemos llamar jactancia, en el contentamiento de sí mismo tiene por nombre vanidad y ufanía; pero generalmente al deseo de ser excelente y aventajado en cualquiera cosa que sea, decimosle soberbia, principio de todos los pecados, enemiga capital de Dios, á la cual no sólo desampara la divina misericordia, mas derechamente contradice y resiste la divina Justicia. Debia, por tanto, la razon, como solícito guardian, estar en continua vela; porque la inconsideracion es principio de toda soberbia, y para estirpar esta mala raíz cumple tener mil ojos, segun es sutil y vária, y de pocos advertida. No faltará quien, requerido de su amigo, se esforzará á le favorecer con toda posibilidad, no tanto por la afecion que le tiene, cuanto por la que tiene á sí mismo; quiero decir, no tanto por remediarle, quanto por mostrarse que es hombre de bien y valeroso para aquello y mucho más: hé aquí soberbia, oculta con el velo de la amistad. Habrá otro que se abstenga de hacer alguna buena obra con recelo de no poder salir della á su honra, y perder la reputacion; y ésta es fina soberbia, colorada de prudencia y discrecion. Hallaréis personas que se retraen para dar mayor salto, y se abajan para más subir; esto

es, que so color de humildad, dicen de sí mil males, y sonles sabrosos en su propia lengua; los cuales, si las fachas que ellos de sí publican, las oyesen de la ajena, las oirian desabrida y aun impacientemente. Otros por ignorancia se creen saber lo que no saben, y tener más agudo ingenio que tienen; y así están más contentos y pagados de sí de lo que deben; porque ser ignorantes de sí mismos no es disculpa bastante deste vicio, ántes la origen dél es falta de conocimiento propio. Algunos, viendo en el prójimo alguna excelente virtud, se trabajan por la menoscar é disminuir, y fácilmente se persuaden cualquiera imperfeccion en los otros, pareciéndoles que la gloria ajena se resuelve en deshonra propia; y ésta es clara soberbia, la cual en todas las cosas desea singularidad, aunque en todas generalmente se mezcla: en el vestir, con las superfluas pompas; en el hablar, con las elegantes palabras; en el comer, con las preciosas y delicadas viandas; en el corazon, con los altivos pensamientos é juicios temerarios; y así son pocos los que de sus manos se escapan, por ser ponzoña tan universal, que en bienes y males prende, que hay hombres que aun del mal hacer se ensobrecen; como de haber engañado á sus prójimos, de haberse vengado de su enemigo, de haber cometido un adulterio; tanta es la maldad de la soberbia, que aun en el vicio pretende ser eminente, y causa ufanía de aquello de que los hombres se habian de meter debajo la tierra. Pues ¿qué dirémos de aquellos que no hacen el bien, y dicen mal de quien lo hace, llamándolos beatos, hipócritas, santuchos y otros semejantes nombres? Porque, como su tibieza y flojedad no llega á la penitencia y hervor de aquestos, han de infamar la santidad ajena, porque no pierda la gente la estima dellos. Más bien son tontos los que por la grita destos tales, ó hacen ó deshacen algo, temiendo ser escarnecidos de aquellos que son dignos de toda mofa y escarnio. No lo hizo así Jesucristo, el cual, si hubiera temido la vergüenza de la cruz, no nos hubiera redimido de la muerte. Volviendo, pues, á nuestro propósito, nasce aqueste vicio en muchas maneras, y es dificultísimo conocerlo, y más vencerlo. A veces una soberbia produce á otra, como en aquellos los cuales, por ser superiores á los otros, son pródigos y hacen gastos no ménos excusados que vanos. Otras veces sale de su contrario, esto es, de la humildad; como si uno se vistiese de sayal por se mostrar humilde y despreciador de ricas ó curiosas vestiduras, y éste es lazo más peligroso, porque el vicio va transformado, ó por mejor decir, confitado, con la apariencia de virtud. Tambien suelen proceder de la crianza; y en esta parte, grande es la culpa de los padres en criar los hijos é hijas pomposamente y con excesiva libertad, los cuales más al propio son carníces y sayones de sus hijos que padres, porque comienzan á criarlos para el infierno en la mesma vanidad y crianza que Lucifer los pornia si él como ayo los criase. Y puesto que la soberbia en los niños no pueda echar grandes raíces, porque la tierna edad no es capaz del vigor y fuerza deste vicio, mas con todo, es gravísimo daño hacerles mamar con la leche el beldío de la locura y altivez, comenzando desde el principio de la vida las torres de viento que en el discurso

della poco á poco se levantan; y de aquí viene que la costumbre y la usanza pone un velo á la soberbia, y hace estado de lo que no se puede hacer sin pecar. Allende desto, sin los ejemplos deste vicio, tan cotidianos y canonizados por el uso, él mismo secretamente nos saltea por todas y en todas partes; algunas vueltas en el principio de la obra, como cuando pensando nosotros en hacer alguna limosna secreta, nos provoca por mil respectos la hagamos pública. Algunas veces en el medio, por nos la estorbar, ó en fin, por la estragar, como cuando de la buena obra que hacemos nos levanta algun humillo, ó de la que hemos hecho nos hace loar á los hombres para nos dar vano contentamiento, y hay veces en que nos incita á ser fervientes en el bien, esperando podernos corromper más con la soberbia intencion, que ayudar con la diligente solicitud; y si aquí desfallece, quitanos luego el hervor é impetu que nos habia dado, y de ahí nos induce á dejar la obra comenzada con miedo que nos pone de no poder perseverar en ella, y que al fin dejaremos con mayor afrenta. Si esto no alcanza, muévenos á obrar indiscretamente, aumentando nuestros ayunos y asperezas, porque seamos mártires del demonio. Tambien nos persuade que nos demos mucho al estudio de la ciencia especulativa, porque dejemos la práctica, y que nos ocupemos en la vida contemplativa, porque perdamos el ejercicio de la activa, como hacen muchos doctos, á los cuales sería mejor ser ignorantes que dar cebo continuo á la presuncion con la continua lición; porque saber disputar de la humildad sin experiencia della, no solamente es de poca utilidad, mas es de mucho daño; y dado que en cualquier linaje de personas este vicio se albergue, pero en unos más que en otros. Sobreedifica, segun ya dijimos, muy á su placer sobre el fundamento que estaba echado de natural complacencia, en aquellos que de niños delicadamente se criaron. Tambien tienta señaladamente á los magnánimos, los cuales por natural inclinacion proponen siempre á su pensamiento cosas grandes y singulares, y aun expresamente acomete á los pusilánimes, que, no siendo para grandes empresas, temen ser despreciados, y tanto más apesescen la loa, cuanto ménos en sí conocen de qué ser loados. Pero al fin, más que todos, son combatidos deste viento los ingeniosos y sabios, por natural preeminencia que en el ser propio de hombres sobre los otros tienen, y porque lo digamos en suma, tienta este demonio á los incipientes, haciéndoles parecer toda cosa que hacen mayor de lo que es. Tienta á los proficientes, poniéndoles celadas y asechanzas á todo paso por les hacer volver atras. Ni perdona á los perfectos, ingeriéndoles qualque airecillo de vanagloria. De suerte que no es fácil reportar de aqueste vicio la victoria; porque cada uno de los otros tiene su virtud contraria, mas la soberbia hace guerra juntamente á todas las virtudes, como quiera que de la castidad, de la templanza, de la humildad, saca igualmente materia y ocasion de nos ensobrecer; los otros vicios faltan al cabo, con el tiempo, mas la soberbia en la vejez es más fastidiosa, y con la flaqueza del cuerpo toma fuerzas para le arrojar mayor autoridad, y aun despues de la muerte pretende conservar su dominio, como en los enterramientos